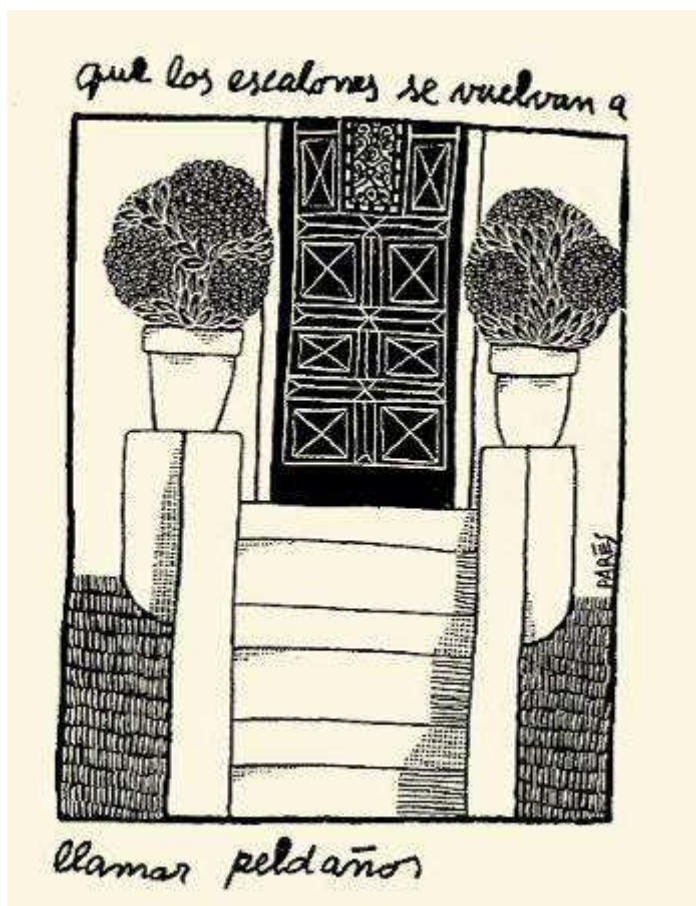


JUICIOS Y PREJUICIOS SOBRE LA LITERATURA COSTARRICENSE¹

Juan Duran Luzio



Una especie de consenso crítico, local y externo, sostiene que la literatura costarricense es un hecho cultural del siglo XX. Son muy pocos los documentos literarios que datan de la Colonia y pocos los del siglo pasado. Enrique Anderson Imbert (famoso historiador de la literatura cuya historia de la literatura iberoamericana fue publicada por la prestigiosa editorial Fondo de Cultura Económica de México y que se ha transformado, desde los años 50 -cuando apareció por primera vez-, en una especie de canon de lo que es o no es literatura en Hispanoamérica) de algún modo consagró esa particularidad de que no había una literatura costarricense sino hasta el siglo XX; dijo lo

siguiente: “De estas tierras de América salió esta nación, Costa Rica, pero salió sin literatura. Durante casi cuatro siglos estas tierras no produjeron escritores”.

La explicación de esta carencia de escritores se suele referir a las condiciones históricas del país: la escasez de oro o plata en la región no fue incentivo para un tráfico humano numeroso que pudiese aportar algunas semillas del legado literato español. Al haber una vida colonial que no podía sustentarse en la extracción abundante del oro y la plata, como ocurrió en México o en el Perú, la vida colonial entonces disminuye su intensidad a punto tal que, desde esta interpretación, haría poco probable la llegada aquí de un contexto cultural que, a su vez, generara una literatura local. O sea, que una primera relación estaría en encuentro directo con la abundancia o falta de oro o plata. Es cierto que en México y en Perú, las dos grandes capitales virreinales, hay una producción literaria temprana.

¹ Transcripción de la participación del Dr. Juan Durán Luzio en la mesa redonda denominada ¿Existe una literatura costarricense?, organizada por la Cátedra «Francisco Amighetti» del Programa Cultura, Arte, Identidad (PROCAI), el 19 de noviembre de 1994. El título es responsabilidad del editor del Suplemento Cultural, publicada en *Suplemento cultural* (Heredia, Costa Rica, Universidad Nacional, n. 43).

Se ha dicho también que la mano de obra indígena poco abundante, y la esporádica resistencia ante el invasor, privaron a las letras de un espacio temático apropiado para las Cartas de Relación o la poesía épica. En el caso de México, por ejemplo, las Cartas de Relación de Hernán Cortés narran todo el proceso de aproximación, descubrimiento y sometimiento de Tenochtitlán, centro del Imperio Azteca, y dan paso a un gran número de historias como las de Bernal Díaz del Castillo, Andrés de Tapia y otros que cuentan ese hecho. O como en el Perú el sometimiento del Imperio Incaico que va desde toda la producción de los hermanos Pizarro hasta el Inca Garcilaso de la Vega. De manera que también se estableció esta relación en la cultura latinoamericana, que a una mayor resistencia indígena una mayor posibilidad de germinación literaria. Fue también el caso de Chile; el primer gran poema épico latinoamericano, **La Araucana**, publicado por Alonso de Ercilla, un soldado español que viene a la guerra de Chile y que comienza a publicar este poema desde 1569 en Madrid, contando todo el ciclo de las guerras de los españoles contra los indios araucanos en el sur de Chile. Se dice que como Costa Rica no ofreció un terreno a esta confrontación entre españoles e indígenas, por lo tanto también se disminuye la posibilidad de una creación literaria de tono épico.

Por otra parte se ha dicho también que la Universidad se fundó aquí tarde, ya a mediados del siglo XIX, en contraste por ejemplo con la Universidad de San Marcos, en Lima, que se fundó en 1553, o la de México que se fundó en 1551, y que fueron centros de recolección, de amparo y de encuentro de gente con inquietudes creativas, literarias. Esa sería una tercera razón.

Como se puede ver, son tres razones de carácter sociohistórico. Habría que preguntarse si son razones en efecto aceptables. Es decir ¿es la literatura siempre producto de una condición histórico-social? Yo creo que este lugar común que ejerce Enrique Anderson Imbert de proponer que la literatura costarricense es un producto tardío, ha sido también modelado por un hecho importante: la polémica, a fines de la década de 1890 -entre Ricardo Fernández Guardia y Carlos Gagini- sobre la existencia o la necesidad de una literatura nacional. Esa polémica se publicó en los periódicos nacionales y fue un tema de debate, discusión y de conversación entre los intelectuales costarricenses, y dio la idea de que, porque la polémica se produjo en 1890, había allí una fecha de inicio para una literatura nacional. Pero yo creo que ese es sólo un juicio que ha servido para opacar la existencia de los verdaderos fundadores de la literatura costarricense. Por ejemplo, en 1562 Juan Vázquez de Coronado envía una primera Carta de Relación sobre la conquista de Costa Rica a Su Majestad el Rey de España Felipe II; es un hermoso documento donde ocurre la primera descripción en lengua española de la Meseta Central del Reino de Costa Rica, fechada en Nueva Cartago en 1562. Este documento me parece a mí que ha sido subestimado como producto literario, pero constituye -a mi juicio- la base de una literatura de la primera parte de la época colonial. Y me pregunto, siguiendo el paso de aquel documento que ha sido modernamente editado por la Comisión de Historia de Costa Rica, ¿hay un registro de los escritos enviados desde Costa Rica a la Corte española?, ¿hay un catálogo de documentos que den cuenta del proceso de correspondencia que va -abundante- desde el Nuevo Mundo hacia España? He tenido la oportunidad de visitar el Archivo de Indias en Sevilla, y la cantidad de papeles almacenados en cajas, nunca tocados son innumerables, son más o menos 10 ó 12 millones de documentos. Y yo me pregunto ¿nos hemos preocupado alguna vez de ir a Sevilla, revisar las cajas, de “gastar años con la historia” como dice León Fernández?, quien, por ejemplo, fue a Sevilla a fines del siglo pasado, pasó allí muchos de sus veranos siendo embajador de Costa Rica en Londres y en Madrid, y recopiló esos diez tomos que son la

colección de documentos inéditos de la historia de Costa Rica. Es posible que allí haya una mina de oro de documentos inéditos describiendo el Reino de Costa Rica. Ese, si existe -y creo que existe- debería ser el corpus de la literatura colonial costarricense.

En todo el continente latinoamericano son los conquistadores europeos quienes escriben esos documentos que hoy situamos como literatura colonial hispanoamericana, independiente de su nacimiento a este o a otro lado del océano; porque alguno podría decir que Vázquez de Coronado nació en España y por lo tanto no es costarricense y correspondería a la literatura española; pero aquí hay que tomar la opción que toma México, que toma Perú, que toma Venezuela, que toma Cuba: siendo un documento que describe el inicio de la nacionalidad mexicana (como las Cartas de Hernán Cortés) o la nacionalidad peruana (como las Cartas de los hermanos Pizarro), debe considerarse literatura nacional independientemente del lugar de nacimiento del autor.



La ilustración es otro hecho que conocemos poco, el siglo XVIII. Terminado el proceso de descubrimiento y conquista viene el proceso de asentamiento colonial, y no hay que olvidar que el siglo XVIII es sumamente productivo en la cultura latinoamericana y muy rico en Centroamérica. Pero, por conocer poco la ilustración, se ha llegado a creer que no hay producción literaria costarricense en esa época y, sin embargo, de pronto, nos encontramos con una figura como Don José Antonio de Liendo y Goicoechea, nacido en Cartago en 1735. Es cierto que, aún siendo niño (10, 12 años de edad) se trasladó a Guatemala a cursar estudios, y allí vivió el resto de sus días hasta 1814. Pero Liendo y Goicoechea dejó un cuerpo de escritos, muy poco leídos y, que yo sepa, no estudiados hasta ahora. Este era un joven de provincia (no

hay que olvidar que en el siglo XVIII Centroamérica era todo un conglomerado y la capital es Guatemala) que nace en Cartago en donde hay solamente una escuela parroquial de primeras letras de la cual, una vez concluida, debe partir a la capital a continuar

sus estudios y eso es lo que él hace, parte a Guatemala, en cuya Universidad de San Carlos él se forma, se hace sacerdote, se hace profesor universitario, escribe en latín y en castellano y produce una obra pequeña pero importante, editada en Guatemala entre 1790 y 1812; son seis tomitos pequeños que él produce; ese es un costarricense que no importa que haya vivido en Guatemala pues esa era la capital de todo este reino que llegaba hasta la actual frontera con Panamá, el resto era el Virreinato de Nueva Granada hacia el sur. Me parece que Liendo y Goicoechea podría ser el pico de una montaña de producción intelectual del siglo XVIII que no conocemos bien.

Como se sabe, la independencia de España no fue un hecho cruento en Centroamérica, que dependía políticamente de la Capitanía General de Guatemala, parte entonces del Virreinato de la Nueva España (México era, realmente, la gran capital cultural). Los conflictos se originaron con posterioridad a la independencia, y fueron causados principalmente por la disputa en torno a la formación de un solo estado centroamericano frente a la noción de países independientes. Otra razón histórico-social: como en Costa Rica no hubo una lucha sangrienta por la independencia como en el resto de Suramérica o México, entonces se ha dicho que no hubo el imperioso mandato de escribir literatura política como se produce abundantemente en Venezuela con toda la literatura en torno a Bolívar, por ejemplo. Las tensiones entre liberales y conservadores a mediados del siglo XIX, generalizadas por todo el continente, activaron en Costa Rica la polémica relativa al futuro de la Patria. Sospecho que hay, también en la literatura nacional, un cuerpo de escritos en torno a este conflicto que va desde México hasta Chile.

Se ha dicho también que la imprenta es muy tardía en Costa Rica. En efecto, se instala recién en 1830, y en torno a aquellos dilemas (conflictos entre liberales y conservadores) se publican incipientes manifestaciones literarias pero, nuevamente, se requiere de una revisión de los documentos que den cuenta del período independentista. Me parece que esa revisión tampoco se ha revisado y sigue siendo un desafío para los investigadores locales. Las publicaciones periódicas que siguieron inmediatamente a la apertura de la imprenta son un terreno que entiendo que no ha sido visitado por los literatos.

Algo después, avanzado el siglo XIX, el modernismo aportará las enseñanzas de una literatura distinta que, sin embargo, no encuentra un camino fácil porque el realismo costumbrista, difundido en Costa Rica por el maestro Mariano José de Larra y algunos de sus discípulos americanos, comenzaba a generar una tendencia nacionalista llamada a larga vida en las letras costarricenses. Este es todo el sentido de la polémica entre Gagini y Fernández Guardia; el primero defensor de la cultura local, de la tradición local, versus un Fernández Guardia -que ha salido muy niño de Costa Rica, que se ha educado en los mejores colegios de Londres y París y que vuelve a Costa Rica adulto- que piensa que aquí estamos en un atraso total y, por lo tanto, la literatura debe hacerse al modelo de París y Londres; Gagini defiende, por su parte, una tradición de vertiente más hispánica que da nacimiento al costumbrismo. La antítesis campo versus ciudad con alcances políticos distintos y menos evidentes que los que tenía, por ejemplo, en el Facundo de Domingo Faustino Sarmiento, refleja bien, sin embargo, el conflicto sociológico de un país de fuerte raigambre rural. No es extraño, pues, que se convierta en un tema literario de amplia vigencia en el ingreso al siglo XX; el predominio de la temática agraria se desarrolla con diferentes matices hasta bien entrado el siglo presente, y asume los conflictos políticos y sociales más serios vividos por el país.

Siempre pienso en *Mamita Yunai* como una novela adscrita a esa tradición rural y ya matizada por el conflicto sociopolítico que trae el surgimiento del proletariado latinoamericano en los años 30 y 40. Es primero una suerte de naturalismo al modo de Emile Zolá, y más tarde un discurso denunciatorio bastante directo: la literatura rural se hace literatura política. La fuerza doctrinaria que paralelamente alienta este proceso de madurez está constituida por el rico espectro de inquietudes latinoamericanistas, prestigiado desde los escritos de José Martí y José Enrique Rodó, dos grandes pensadores que lee todo el mundo por todo el continente.



Con esos antecedentes, una narrativa antiimperialista sobresale en Costa Rica, como en el resto de Centroamérica, desde los años 40, situada en las dolorosas geografías de las grandes bananeras, de las grandes plantaciones. Aquí ya, sí, se habla de una literatura nacional o nacionalista. En las décadas siguientes, 40 y 50, se asiste a una mesurada renovación temática y formal de la prosa; parece expresarse así, igualmente, el tránsito hacia una sociedad más compleja y diversificada. Carmen Naranjo, desde los años 50, sitúa ya el espacio concreto de una novela urbana y, entonces, el mundo agrario queda como parte de una literatura anterior. La lírica, que se inicia también en una estrecha relación con los temas campesinos (salvo algunos intentos cosmopolitas de los modernistas) ha seguido un curso similar en la búsqueda de una expresión más universal capaz, al mismo tiempo, de situar con claridad y hondura al hombre del país y su condición en el mundo. Desde el umbral que proporciona el año 1900, se afianzan las bases de un desarrollo cultural que, a

partir de entonces, se inserta cabalmente en el proceso dinámico de la literatura hispanoamericana. Desde 1900 la literatura costarricense ya se comporta como el resto de la literatura hispanoamericana; en este sentido, las expresiones literarias de Costa Rica han sido, por lo general, tardías con respecto al resto del continente, pero no son excepciones entre los grandes movimientos, tendencias o influjos que se manifiestan desde México a la Argentina; se ha ido un poco más tarde pero siguiendo el ritmo del mismo desarrollo continental. Acaso este carácter epigonal sea su rasgo más típico, aunque en el presente esta particularidad tiende a disminuir por los crecientes contactos con los creadores y las obras de vanguardia.

Los estudios críticos (otra cara del problema literario), desde diversas perspectivas, que se escriben y publican en el país, dan muestra del transcurso del rico proceso literario de la Costa Rica moderna. Al respecto conviene señalar que las visiones interpretativas ofrecidas sobre la cultura y la literatura costarricense, varían ampliamente desde el ensayo tradicional hasta la monografía estructuralista, dando cuenta así, en cierta manera, de las tendencias y de la madurez de la crítica literaria en el país. Sería un sofisma decir “hay literatura pero no hay crítica literaria”, o decir “hay crítica literaria pero no hay literatura”; son dos aspectos complementarios de un mismo proceso cultural. En general, la actividad crítica está situada en los linderos del trabajo universitario pero también en una abundante presencia en la prensa.



Como en la mayoría de los países de Hispanoamérica, en el caso de Costa Rica se ve un predominio de la narrativa, particularmente de la novela, por sobre la lírica y sin duda por sobre el ensayo y la dramaturgia. Acaso éste, más que un problema de producción sea uno de lectura o crítica. Es difícil saber qué ha producido más el país: si más novelas, si más poemas, si más obras dramáticas. Acaso solamente sea un problema de preferencia de la crítica que trata más novela o más cuento que poesía; pero, en general, no se puede sustentar cuantitativamente la primacía de un género sobre otro, sí hacer constancia de su existencia. Es claro que no se trata de establecer relaciones entre calidad y cantidad; este es nada más que un hecho que conviene señalar en beneficio de cierta

uniformidad del quehacer literario nacional con la del resto del continente. Hay una literatura y hay una sólida crítica establecida junto a ese proceso literario.

Las políticas culturales del país han permitido una libre circulación de las obras literarias nacionales y extranjeras, y los escritores no han sufrido los apremios denunciados en tantas otras partes de Hispanoamérica. La literatura se desenvuelve en un espacio de libertad. Costa Rica es, además, un país pequeño de 52 mil kilómetros cuadrados y 3 millones de habitantes. Este es otro de los prejuicios que se imponen para establecer la diferencia con la producción literaria de países como México o la Argentina, la

segunda con 30 y el primero con 80 millones de habitantes, o con países agresivos en su producción literaria como Colombia, Chile o Perú. Sin embargo, a pesar de la dimensión reducida de la producción y del contexto costarricense, sus obras muestran iguales logros y carencias que en el resto del continente. Literatura -la costarricense- inserta, al fin y al cabo, en las grandes corrientes profundas de la gran cultura latinoamericana.